

Maarten PRAK

The Dutch Republic in the seventeenth century: the golden age

Cambridge, Cambridge University Press, 2005, 329 pp.

Las revistas de historia económica no suelen incluir entre sus reseñas obras de carácter “general” como el libro que comentamos. Y decimos “general” porque menos de 50 de las casi 330 páginas de la obra de Prak (en torno al 15 por 100 del texto) abordan cuestiones que, en principio, podríamos considerar que entran de lleno dentro del campo de la historia económica. Nos referimos a los capítulos 5 (“Financial might”), 6 (“A market economy”) y 7 (“A worldwide trading network”). La mayor parte del texto, en realidad, analiza la historia política, social y cultural de la República. Aún así, el libro de Prak merecería figurar en los catálogos de las bibliotecas de las Facultades y Escuelas de Ciencias Económicas y Empresariales, amén de en otros muchos, por razones que son fáciles de explicar.

Para empezar, porque se trata de una obra de síntesis, escrita para un público no especializado e internacional, en la que se aborda el período más brillante de la historia de las Provincias Unidas, el siglo XVII (en cuyo curso la República se convirtió en un poder global o mundial); además, porque ha sido realizada desde *dentro*. Este último matiz es importante pues, habida cuenta de que existían ya en el mercado obras similares a la de Prak, entre ellas la de J. L. Price, *Holland and the Dutch Republic in the Seventeenth Century* (Clarendon Press, 1994) —la comparación con el texto de Jonathan I. Israel *The Dutch Republic: Its Rise, Greatness, and Fall, 1477-1806* (Clarendon Press, 1995) no es pertinente, al rebasar con mucho el marco temporal del siglo XVII y multiplicar por más de tres veces la extensión de la obra de Prak—, hay que dar la bienvenida a las publicaciones llevadas a cabo por investigadores que se han formado y han desarrollado lo principal de su actividad académica en el propio país. Éste es el caso de Maarten Prak, profesor de la Universidad de Utrecht, quien ha participado y colaborado en numerosos proyectos internacionales (como Prak, ed., *Early Modern Capitalism*, Routledge, 2001). No se trata, por consiguiente, de un investigador aislado o que ignore la historiografía internacional.

La intención del autor al escribir esta obra ha sido poner a disposición de los lectores un texto actualizado que pueda servir como punto de partida para profundizar en cualquiera de los temas que se abordan en el mismo, para lo cual se ofrecen más de 25 páginas de bibliografía comentada (“Further reading”). En este sentido, no deja de llamar la atención que entre las referencias citadas por Prak no se incluya un solo libro o artículo escrito en español, sobre todo si tenemos en cuenta las intensas relaciones que mantuvieron ambos países, primero como enemigos, hasta el reconocimiento de la independencia de la República por parte de España tras una guerra que duró ochenta años, y luego como aliados, pues las intervenciones de distracción de España contribuyeron en más de una ocasión a aliviar las presiones amenazadoras de Francia sobre las Provincias Unidas en la segunda mitad del siglo XVII.

El hilo conductor del libro de Prak no es dilucidar la cuestión de si la economía y la sociedad holandesas pueden o no ser calificadas de modernas en el siglo XVII, tal y como hicieron en su momento Ad van der Woude y Jan de Vries (*The First Modern Economy: Success, Failure, and Perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815*, Cambridge University Press, 1997), sino “el enigma de la República”, expresión que figuraba como subtítulo en la versión original holandesa, publicada tres años antes, pero que no aparece en la inglesa más que en la introducción. Un enigma que llevó en su momento al embajador inglés Sir William Temple a escribir, en 1673, que las Provincias Unidas eran “la envidia de unos, el terror de otros y la admiración de todos sus vecinos” (p. 272).

En un mundo de monarquías, las Provincias Unidas se organizaron desde su rebelión contra Felipe II como una República. Es cierto que en la Europa de la época existían otras, como Génova o Venecia pero, a diferencia de éstas, la república holandesa (si se me permite la expresión, sin lugar a dudas simplista, pues Holanda no era más que uno —aunque eso sí, el más próspero y poblado— de los territorios que formaban parte de la misma) no era una ciudad-estado, sino una entidad mucho más compleja en su organización interna y, desde luego, mucho más extensa que cualquiera de las dos citadas, con enclaves en América, África y Asia. Llama la atención, igualmente, el carácter fuertemente descentralizado de su organización política. En efecto, cada una de las provincias y ciudades gozaba de un amplísimo margen de maniobra, prácticamente ilimitado “in their own eyes at least” (p. 168), para gestionar sus propios asuntos; de hecho, no existían ni una legislación ni un sistema judicial de ámbito nacional. Pues bien, ello no fue obstáculo para que —bajo el liderazgo de Holanda y, más en concreto, de la ciudad de Ámsterdam— el conjunto del país, provincias y ciudades, participaran en proyectos que podríamos calificar de “nacionales”, como la guerra contra España o la expansión comercial ultramarina. Ni que decir tiene que la historia política de la República no fue una balsa de aceite. Los conflictos internos, principalmente por motivos de tipo político y religioso, fueron en ocasiones extraordinariamente graves. Sin embargo, la amenaza externa y una resolutiva gestión de las diferencias permitieron mantener la lealtad y confianza de sus ciudadanos en el proyecto común. Cuestión distinta es lo que sucedió a partir de la exitosa invasión del país por parte de tropas francesas en el invierno de 1794-1795.

La versión inglesa, para terminar, presenta con respecto a la holandesa, además de la diferencia ya señalada, la incorporación de un nuevo capítulo, el catorce, dedicado a la ciencia y la filosofía. Pensamos que se trata de una decisión afortunada porque en los últimos años la recuperación de pensadores como Spinoza está poniendo de manifiesto la importancia del, cada vez más valorado, pensamiento filosófico holandés del siglo XVII, considerado por muchos como precursor de la Ilustración francesa.

José Ignacio Martínez Ruiz
Universidad de Sevilla